

VICTORIA

A portrait of Victoria Woodhull, a woman with light-colored hair styled in an updo, wearing a dark green jacket with a high collar and a dark purple ruffled garment underneath. She is resting her chin on her hand, looking thoughtfully to the side. The background is a textured, brownish-gold pattern.

WOODHULL

**LA VIDA DE UNA VISIONARIA, SUFRAGISTA
Y PRIMERA MUJER CANDIDATA A LA
PRESIDENCIA DE LOS ESTADOS UNIDOS**

MARY GABRIEL



EDICIONES
CASIOPEA

VICTORIA WOODHULL

Visionaria, sufragista, y primera mujer candidata a la
Presidencia de los EE.UU

Mary Gabriel

Victoria Woodhull

Título en la obra original: Notorious Victoria

© Mary Gabriel, 1998

© Algonquin Books, 1998

© Casiopea Ediciones, 2018

Derechos adquiridos a Algonquin Books a través de
Goldfarb & Associates, 721 Gibbon St., Alexandria, VA 22314 USA

ISBN: 978-84-948482-0-9

TRADUCCIÓN: Julia Atienza

MAQUETACIÓN: Pablo Barrio

DISEÑO DE CUBIERTA: Mariana Eguaras, basado en el diseño de la obra original previa
autorización de la autora.

IMAGEN DE CUBIERTA: Victoria Claflin Woodhull (Colección de Vassar College, Alma
Lutz Biographical Collection, fecha desconocida) – Getty Images.

Reservados todos los derechos.

ÍNDICE

PRÓLOGO

CAPÍTULO I

HOMER, 1850

SAN FRANCISCO, 1855

SAN LUIS, 1865

CAPÍTULO II

PITTSBURGH, 1868

NUEVA YORK, 1868

NUEVA YORK, SEPTIEMBRE DE 1869

NUEVA YORK, FEBRERO DE 1870

NUEVA YORK, ABRIL DE 1870

NUEVA YORK, MAYO DE 1870

NUEVA YORK, NOVIEMBRE DE 1870

CAPÍTULO III

WASHINGTON D. C., ENERO DE 1871

WASHINGTON D. C., FEBRERO 1871

NUEVA YORK, ABRIL DE 1871

NUEVA YORK, PRINCIPIOS DE MAYO DE 1871

NUEVA YORK, MEDIADOS DE MAYO DE 1871

NUEVA YORK, FINALES DE MAYO DE 1871
NUEVA YORK, JUNIO DE 1871
NUEVA YORK, JULIO DE 1871
NUEVA YORK, AGOSTO DE 1871
TROY, SEPTIEMBRE DE 1871
HARTFORD, OCTUBRE DE 1871
NUEVA YORK, PRINCIPIOS DE NOVIEMBRE DE 1871
NUEVA YORK, FINALES DE NOVIEMBRE DE 1871
NUEVA YORK, DICIEMBRE DE 1871
WASHINGTON D. C., ENERO DE 1872
NUEVA YORK, 9 DE MAYO DE 1872
NUEVA YORK, 10 DE MAYO DE 1872
BOSTON, SEPTIEMBRE DE 1872

CAPÍTULO IV

NUEVA YORK, 2 DE NOVIEMBRE DE 1872
NUEVA YORK, 5 DE NOVIEMBRE DE 1872
NUEVA YORK, 20 DE NOVIEMBRE DE 1872
NUEVA YORK, ENERO DE 1873
NUEVA YORK, JUNIO DE 1873
NUEVA YORK, 23 DE JUNIO DE 1873
CHICAGO, SEPTIEMBRE DE 1873
NUEVA YORK, FINALES DE SEPTIEMBRE DE 1873
NUEVA YORK, MARZO DE 1874
NUEVA YORK, AGOSTO DE 1874
NUEVA YORK, ABRIL DE 1875
NUEVA YORK, MAYO DE 1875
NUEVA YORK, OCTUBRE DE 1876

CAPÍTULO V

LONDRES, AGOSTO DE 1877

LONDRES, OCTUBRE DE 1883

LONDRES, OCTUBRE DE 1885

NUEVA YORK, ABRIL DE 1886

LONDRES, ENERO DE 1893

LONDRES, FEBRERO DE 1894

LONDRES, ENERO DE 1895

LAS PALMAS, MARZO DE 1897

LONDRES, DICIEMBRE DE 1901

BREDON'S NORTON, AGOSTO DE 1914

BREDON'S NORTON, 9 DE JUNIO DE 1927

PLATAFORMA DEL PARTIDO COSMOPOLÍTICO

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

Ediciones Casiopea

*Este libro está dedicado a Owen
Stinchcombe*

Entonces, después de todo, soy una promiscua y amante liberal. Quiero el amor de todos ustedes, promiscuamente. No importa quién o qué sea usted, viejo o joven, negro o blanco, pagano, judío o cristiano, deseo amar a todos y ser amada por todos, y deseo poseer su amor. Si no me lo dan ahora, estos jóvenes, por quienes clamo, bendecirán en los años venideros a Victoria Woodhull por atreverse a hablar a favor de su salvación.

VICTORIA WOODHULL

PRÓLOGO

Woodhull, Claflin & Co. abrió sus puertas al público oficialmente el 5 de febrero de 1870, extendiendo el aroma perfumado de una nueva raza de brókers a través de los pasillos financieros hasta aquel momento dominados por los olores masculinos de los cigarros y el champán. En primera plana, el Sun de Nueva York hizo sonar la alarma de que el cambio había llegado a Wall Street con el titular: «Enaguas entre los toros y los osos»¹.

En la Bolsa, la noticia de la nueva firma de corretaje dirigida por mujeres fue acogida con una especulación frenética. La presencia de Victoria C. Woodhull y de su hermana Tennessee Claflin en Wall Street provocó una conmoción inferior a la que habría causado una bancarrota. Desde primera hora de la mañana hasta el cierre del mercado, un revuelo de curiosos se agolpó en la acera frente a la oficina de las hermanas, situada en el 44 de Broad Street, intentando ver a través de las ventanas a las primeras mujeres bróker de la historia. A empujones, se gritaban: «Solo saben un par de cosas», «¿Cuándo terminará esto?», «Dos mil visitantes para dos señoritas en ocho horas», «Las acciones se dispararán».

En el interior, protegidas de la muchedumbre por un portero y un letrero que rezaba: «Los caballeros dictarán sus operaciones y se retirarán de inmediato», las hermanas hacían historia. Aún habría de

pasar otro siglo hasta que una mujer se hiciera con un asiento en la Bolsa de Nueva York, y lo cierto es que nunca más dos hermanas volvieron a causar tanto revuelo en el mundo financiero.

Un flujo constante de visitantes ascendió las escaleras aquel día hasta la oficina de las hermanas, entre ellos, mujeres mayores que deseaban invertir los ahorros de toda su vida. Las más jóvenes, «dulces y hermosas como manzanas, hechizadas por lo que habían visto y oído, salieron de allí pensando que existían más cosas por las que vivir aparte de los cosméticos, el acicalamiento, la moda y el orgullo», afirmó el Herald de Nueva York. Sin embargo, la mayoría de los cuatro mil visitantes que se estima que acudieron aquel día fueron hombres: hasta allí se encaminaron viejos veteranos «quienes habían frecuentado el lugar desde su juventud» y aristócratas de «barbas plateadas y recuerdos dorados». Los representantes de los bancos y las agencias de correduría de la ciudad así como multitud de jóvenes impacientes por conocer a las damas brókers, se pusieron en contacto con la nueva firma.

El día de la apertura de la oficina, las hermanas iban vestidas de forma idéntica: con un traje azul marino ribeteado con seda negra, y un sombrero de jinete del mismo tejido coronando su cabello. El Herald afirmó: «Las plumas doradas sobre sus bonitas orejas fueron objeto de interés de los viejos caballos de guerra que había en la calle».

La mayor de las socias de la firma, Victoria, a sus treinta y un años, era una mujer elegante, reservada e inteligente. Tennessee, con veinticuatro, resultaba voluptuosa, vivaz y poseía un ingenio agudo. No cabía de orgullo enfundada en su vestido de trabajo.

«Las damas recibieron a los visitantes con una frialdad y un ojo para los negocios provocando los aplausos y las maldiciones de los viejos veteranos» —reportó el Herald—. «Anfitriones de conocidos con ideas

innovadoras les brindaron sus consejos y la multitud llegada para ridiculizar a quienes habían osado adentrarse en un campo tan turbulento como incierto, finalmente manifestó su respeto; sin embargo, tales halagos y consejos fueron recibidas con moderación, lo que puso de manifiesto que Woodhull, Claflin & Co., sabía lo que se hacía y se proponía tomar las mismas posiciones que los hombres».

Ambas hermanas habían llegado a Nueva York dos años antes, tras amasar una pequeña fortuna viajando en caravana a través de los campos en barbecho y las ciudades en ruinas tras la Guerra Civil, ofreciendo sus servicios como clarividentes y sanadoras espirituales. El camino a Wall Street fue allanado gracias al legendario magnate Cornelius Vanderbilt, quien, con setenta y tres años, había sido uno de los «pacientes» de las hermanas antes de convertirse en amante y patrocinador de la joven Tennessee. No obstante, aunque su protección resultó crucial, fue el ingenio de las hermanas lo que les granjeó los elogios y la publicidad, y la ambición de Victoria lo que las impulsó.

Victoria Claflin Woodhull, aunque era hija de un delincuente de poca monta y no había recibido educación, siempre había imaginado para sí misma un futuro brillante. Desde su primer matrimonio, a los quince años, con un hombre que le doblaba la edad y el nacimiento de su hijo, deficiente mental, un año más tarde, Victoria había jurado convertirse en una líder en la causa feminista. Estaba determinada a que ninguna mujer padeciera tan joven del desamor, ni ofreciera su cuerpo a cambio de seguridad económica, ya fuese a través del matrimonio o en la calle. Para ella, la lucha por la igualdad de las mujeres no era simplemente una cuestión de lograr el acceso a las urnas; se trataba de ganar un derecho mucho más básico: el de la auto-propiedad.

La apertura de Woodhull, Claflin & Co. supuso un paso decisivo en pos de aquel objetivo. Le proporcionó la seguridad económica que necesitaba para declarar la guerra a la mentalidad victoriana y la catapultó a la escena pública, donde empezó su cruzada por los derechos de la mujer. El exitoso debut de la firma mostró a una mujer exuberante y probó su creencia, expresada en incontables ocasiones, de que las mujeres podían avanzar, mantenerse a sí mismas y prosperar si se atrevían a intentarlo: «Les aseguro que los hombres respetarán a las mujeres por sus actos y si ellas se alzarán en masa y exigieran su emancipación, aquellos se verían forzados a otorgársela» —escribió Victoria años más tarde—. «Las mujeres de este país tienen el poder en sus manos, a pesar de que las leyes y el gobierno son de dominio masculino. Si publicásemos una declaración de independencia sexual negándonos a cohabitar con hombres hasta que nos fuese concedida la igualdad total, la victoria se obtendría en una sola semana».

Con las ganancias obtenidas en su negocio de correduría y los consejos de algunos pensadores radicales, Victoria atacaría por escrito y en conferencias la hipocresía y la corrupción que halló en los ámbitos de las finanzas, la política y la religión. Además, vivió según los preceptos de libertad social predicados por ella. Hombres y mujeres que no solían asistir a las conferencias de mujeres reformistas como Susan B. Anthony o Lucretia Mott, pagaron de buen grado el precio de la entrada cuando Victoria estaba en su ciudad. Tanto si estaban de acuerdo con ella como si no, la mujer de brillantes ojos azules causaba revuelo con sus charlas sobre sexualidad y cautivaba con sus escándalos. Apodada por sus admiradores «Reina Victoria» y condenada por sus detractores como «Mrs. Satán», fue la mujer más notable a de su época.

Tras hacer historia con la firma de correduría, Victoria vinculó varias veces el concepto «primera vez» a su nombre. El periódico fundado por ella, Woodhull & Claflin's Weekly, fue la primera publicación estadounidense en reimprimir el Manifiesto Comunista. En 1871 pasó a ser la primera mujer en dirigirse a un comité del Congreso de los Estados Unidos y, en 1872, se convirtió en la primera en presentarse a la presidencia.

El ascenso meteórico y, como algunos dirán, temerario, terminó en desastre.

El día de las elecciones, el 5 de noviembre de 1872, cuando debía estar centrada en su candidatura, Victoria fue arrestada en Nueva York bajo el cargo de enviar por correo material obsceno. Cayó en desgracia, se arruinó y fue abandonada. Al final, la mujer que había sido reconocida por la prensa y el público como líder del movimiento por los derechos de la mujer a principios de la década de 1870, no obtuvo siquiera una mención en el informe elaborado por Elizabeth Cady Stanton y Susan B. Anthony sobre los inicios del movimiento feminista, de seis volúmenes y 899 páginas.

Una de las estadounidenses más prominentes de la época, sería apartada de la historia y olvidada. Naturalmente, la propia Victoria identificó la razón: se había adelantado a su tiempo.

CAPÍTULO I



Dirigida por una guía espiritual, Victoria llegó a la ciudad de Nueva York en 1868, lista para realizar su sueño de convertirse en líder de su pueblo. (Getty Images)

La fortaleza de algo se mide por la debilidad de su eslabón y aquella familia era el eslabón débil.

VICTORIA WOODHULL

HOMER, 1850

La casa de la joven Victoria Claflin consistía en una cabaña de madera situada en la ladera de una colina en una ciudad que hacía de intersección en el vasto estado de Ohio. Si existía un mundo más allá de las infinitas y ondulantes colinas y campiñas, no lo parecía. En el lado sur de la calle principal de Homer, se alzaba la enorme y próspera granja Williams Mound, con su casa señorial de dos plantas y su túmulo indio de casi ocho metros de altura. En el lado norte se alineaban tantos escaparates como podía permitirse una ciudad de menos de trescientos habitantes y, por detrás de la calle principal, se encontraba la residencia Claflin, aferrándose como una lapa a la sombra de las tiendas y modestos comercios.

Años más tarde, cuando Victoria intentó reinventar su pasado, describió la casa Claflin como un edificio recubierto de pintura blanca, rodeado de hermosas y cuidadas flores. Pero lo cierto es que el lugar en el que había nacido Victoria era una casucha de siete metros y medio de largo sin pintar, tan frágil que a los demás niños de Homer les gustaba correr por el porche para deleitarse con los crujidos de las tablas.

Victoria nació el 23 de septiembre de 1838 siendo la sexta de diez hermanos, uno de los cuales fallecido antes de que ella llegara al mundo. Se trataba de una niña encantadora, con determinación y talento, una rara joya en una familia pendenciera e indolente que era considerada como lo peor de la ciudad. Más de un vecino había llegado a declarar que

era una pena que una niña tan prometedora hubiese nacido en el seno de la familia Claflin.

De su padre, Victoria aprendió si no a quebrantar la ley, sí a sortearla, y de su madre heredó la habilidad de comunicarse con los espíritus. Reuben Buckman, «Buck» Claflin, era un delincuente solitario. Jacob Yoakam, un comerciante de Homer, afirmó de él en una ocasión que «podía ver más oportunidades de delinquir con un solo ojo que dos hombres con cuatro». Un informe del censo de la época indicaba que Buck era abogado, pero por su trayectoria era evidente que cualquier conocimiento que tuviese sobre la ley estaba dirigido a ver la forma de burlarla. Entre sus presuntos delitos se encontraban el robo, la falsificación y la provocación de incendios.

En cuanto a la madre de Victoria, Roxanna Hummel Claflin, era una fanática religiosa que dio a luz cada dos años de promedio, durante un periodo de veinte. Anna, como se la conocía, resultaba tan simple como bella era su hija. Su rostro formaba un óvalo marchito puntuado por pequeños ojos y una boca diminuta y apretada. Tenía una personalidad desagradable y propensa al éxtasis; solía realizar paseos nocturnos que la mayoría de las veces la llevaban a un huerto cercano donde rezaba en voz alta y con lágrimas en los ojos por los pecados de sus vecinos, para poco después maldecir hasta que sus labios se llenaban de espuma blanca. Era el tipo de persona a la que, educadamente, se le denominaba como excéntrica, aunque con mayor franqueza, se se la tildaba simplemente de loca. Aun así, tras su imponente rostro, se ocultaba cierto brillo: Su memoria era tan prodigiosa que podía recitar la Biblia al revés.

Desde muy pequeña, Victoria también fue propensa al éxtasis, tal vez como forma de escapar de la desaprobación que mostraba la ciudad por

su familia, o quizá para huir de la ira de su padre, conocido por azotar a sus hijos con una vara de sauce o de almendro que previamente había estado en remojo, con idea de fortalecer así su carácter. En varias ocasiones, Victoria afirmó que sus primeros encuentros con el mundo espiritual se produjeron en tres ocasiones: en su nacimiento, cuando tenía tres años y al cumplir los diez. Para ella, estas experiencias supusieron una vía de escape a una suerte de inframundo por medio de un guía espiritual, y la revelación de que su función en la Tierra iba más allá de multiplicarse:

«Cuando vi la luz del día por primera vez en este planeta —escribió sobre su nacimiento—, me sentí como si me hubiesen despertado bruscamente de un sueño tan profundo como la muerte. Recuerdo la conversación entre el médico y mi padre cuando me entregaron a la enfermera. Recuerdo haber mirado hacia mi madre en ese momento y la mirada de dolor y angustia que había en ella penetró en mi moldeable cerebro. Durante mi temprana infancia, muchas veces también la miraba mientras me daba el pecho. Por alguna razón se obligaba a hablarme no como a una niña, sino como a su propio corazón, desahogando así sus deseos de mujer y lamentándose de sus fracasos. Recuerdo muy bien cómo sus plegarias silenciosas, al son del movimiento de sus labios, me encogían el alma, y cuando miro atrás, a los años entre la niñez y la madurez, me doy cuenta de que existía algún poder sutil de transmutación, porque, de algún modo y desde el primer momento, parecía conocer el futuro sin saber expresarlo con palabras. Sé que, desde el momento de mi nacimiento, mis compañeras eran las almas más selectas del cielo [...]. Crecí con ellas y, de hecho, toda la inspiración vino de ellas».

La educación de Victoria consistió en tres años de enseñanza básica recibida de manera discontinua entre los ocho y los once años. En la escuela la llamaban «la pequeña reina», tal vez con sorna, en parte porque compartía el nombre con la monarca británica, pero también por los modales regios que exhibía pese a sus humildes orígenes. Desde una edad muy temprana, Victoria creyó que estaba destinada a hacer grandes cosas. No tenía nada y lo quería todo.

Los residentes de Homer la recordaban con once años, coronada por una mata de cabellos despeinados, narrando historias bíblicas sobre el montículo indio de la granja Williams que ella decidió renombrar como el Monte de los Olivos. Cuando crecía la inquietud entre los niños que la escuchaban, cambiaba las Escrituras por historias de indios, manteniendo así su atención. Fue en ese mismo tándulo en el que aquella niña sin educación, despeinada y sucia se entusiasmó por vez primera con la aprobación de la audiencia.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo hasta que una crisis familiar obligó a Victoria a dejar atrás a su público de Homer. Buck Claflin había comprado un molino harinero y, como con la mayoría de sus iniciativas, estaba teniendo problemas para salir adelante. No está claro que sucedió en realidad, pero dada su reputación y algunas evidencias, la opinión general fue que decidió deshacerse de la carga en la que se había convertido el molino, reduciéndolo a cenizas una noche de tormenta en un intento de embolsarse los quinientos dólares del seguro. El incendio del molino fue la gota que colmó el vaso para la ciudad que había aguantado en su seno a aquel delincuente durante más de una década. Buck escuchó el estruendo antes de descubrir el tumulto que se aproximaba y logró escapar de Homer, dejando atrás a los suyos. Sin embargo, los vecinos no estaban dispuestos a mantener a la familia

Claflin, de modo que la iglesia presbiteriana organizó una recaudación de fondos para comprar una carreta, unos caballos y algunos víveres y sacar a Anna y a sus hijos de la ciudad.

Si algún vecino aún albergaba remordimientos por la expulsión de los Claflin, es probable que este se disipara muy pronto. Después de que la familia se hubiese marchado, se descubrió que Buck se había aprovechado de su breve nombramiento como jefe de correos para dejar una gran pila de correspondencia sin entregar y saquear varios sobres con indicios de contener dinero.

El clan Claflin, al que Buck se había unido de nuevo, llegó hasta Mount Gilead, Ohio, no lejos de Homer. Allí vivía la hermana mayor de Victoria, Margaret Ann, conocida como Maggie, con su marido Enos Miles y sus tres hijos. Para cuando los Claflin llegaron a Mount Gilead, la composición de la familia había cambiado. Dos de los niños, Odessa y Hester, habían muerto, pero otras dos niñas sanas habían tomado su lugar: Utica nació en 1843 y le pusieron el nombre de una ciudad cercana, y a Tennessee, nacida en 1845, recibió el nombre del estado natal del presidente James Polk en homenaje a las aspiraciones políticas de Buck. La segunda hermana mayor de Victoria, Mary, aunque en los informes genealógicos no aparece como casada, había añadido una niña a la camada Claflin, Zilpha, nacida en 1850. A pesar de los ruegos de Anna de que la familia permaneciese unida, los dos hermanos de Victoria abandonaron el ruidoso rebaño para instalarse por su cuenta. Maldon se casó con su prima, Corintha Claflin, y Hebern se mudó a Illinois, donde contrajo matrimonio con Mary Ann Edwards. El resto del equipo Claflin se mudó a la American House, una vivienda propiedad de Enos Miles. Considerando la tropa que pasó a vivir bajo aquel techo, es dudoso que quedase algún espacio para los invitados.

La época de mediados del siglo XIX ofrecía grandes posibilidades para un hombre con ambición. Los empresarios industriales habían conseguido penetrar en la aristocracia a base de duro trabajo e ingenio, en vez de por derecho de cuna. Los libros escolares predicaban el mensaje de que, con suficiente esfuerzo o una idea brillante, todos los estadounidenses podían convertirse en personas ricas y célebres. Buck Claflin estaba dispuesto a probarlo. A principios de 1850 se debatió entre dos formas de ganar dinero: desde California llegaban rumores de la fiebre del oro y en Nueva York se producía un nuevo fenómeno: la comunicación con los espíritus. Para un hombre que prefería ganarse el pan haciendo el mínimo trabajo posible, esto último parecía más prometedor.

En 1848, dos jóvenes hermanas de una granja en Hydesville, Nueva York, declararon haber oído ruidos extraños. Los golpes en sí mismos no sorprendieron a nadie, pues se decía que la propiedad estaba habitada por el fantasma de un traficante que había sido asesinado allí. Lo que sí sorprendió fue que las hermanas, Kate y Margaret Fox, fueran capaces de comunicarse con el espíritu, «Mr. Splitfoot», quien respondía a sus preguntas con una serie de golpes. Antes de que transcurriera un año, las hermanas Fox ya exhibían sus poderes en escena ante audiencias que pagaban setenta y cinco centavos por verlas, y en junio de 1850 el empresario P.T. Barnum las contrató en su hotel en Nueva York para que hicieran demostraciones tres veces al día a razón de un dólar por persona. El fenómeno de las hermanas Fox desencadenó tal epidemia de encuentros espirituales, que para 1851 se decía que había miles de médiums en cada estado.

Dos incidentes habían llevado a la población de los Estados Unidos a aceptar la posibilidad de recibir mensajes del más allá. El primero fue la

invención del telégrafo en 1848, que “probaba” que los pensamientos podían viajar misteriosamente de un lugar a otro, algo que muchos vieron como prueba científica de que existían energías ocultas que entraban en juego en el universo. De hecho, la habilidad de las hermanas Fox a menudo fue calificada como telegrafía espiritual. El segundo incidente, el renacimiento religioso en la primera mitad del siglo XIX, conocido como el Segundo Gran Despertar, dio lugar a la idea de que una persona podía comunicarse directamente con Dios sin la intervención de un clérigo y, si esto era posible, la gente seguramente podría entrar en contacto con sus parientes fallecidos.

El propio Buck tenía dos hijas que daban muestras de tener poderes extraños, antes incluso de que las hermanas Fox anunciaran sus habilidades. Victoria creía que podía conectarse con sus hermanas pequeñas muertas y que, a través de la intervención de los espíritus, era capaz de curar a los enfermos. Además, cuando Tennessee contaba tan solo cinco años, predijo un incendio con tanta precisión que por un tiempo se sospechó que lo había provocado ella. Buck se aprovechó de su buena suerte y colgó un tablón anunciando a Victoria, de catorce años, y a Tennessee, de siete, como médiums en una pensión de Mount Gilead a dólar por visita.

Quizá para incentivar la autoconfianza de Victoria en su primera actuación profesional, Buck le escribió una rima profética: «Niña, tu poder todavía no se ha dado a conocer, pero al mundo se debe exponer». Más tarde recordaría que también recibió de él un sabio consejo: «Niña, sé una buena oyente». Desde aquel momento, Victoria y Tennessee se convirtieron en los principales sostenes de la familia Clafin, manteniendo al extenso clan que, lejos de mostrar su agradecimiento, manifestó reiteradas muestras de celos por su éxito. Theodore Tilton,

amigo de Victoria y su primer biógrafo, escribiría: «Victoria era una hoja verde, y su legión de parientes, orugas que la devoraban».

SAN FRANCISCO, 1855

A mediados del siglo XIX, el eje central de las novelas populares solía girar en torno a la historia del encuentro entre una bella, aunque pobre muchacha, y un hombre de alta cuna y fortuna quien, al final, la tomaba en matrimonio pese a la presión ejercida por la sociedad contra el enlace. En el Ohio rural de la época, era imposible que se diese dicha situación. La apertura del canal de Erie y la extensión de las líneas ferroviarias alentaron a muchos jóvenes de «buenas» familias del este a probar fortuna más al oeste. Uno de dichos jóvenes, Canning Woodhull, de Rochester, Nueva York, recaló en Mount Gilead para establecer un consultorio médico.

El recién llegado había cumplido los veintiocho años y no solo tenía una profesión, sino también linaje: aseguraba ser hijo de un juez y sobrino del alcalde de Nueva York. Su camino se cruzó con el de Victoria el día en que la familia Claflin le llamó para tratar la fiebre y el reumatismo que la joven venía sufriendo recurrentemente desde 1851.

«Llegó como un príncipe y encontró a su cenicienta, una niña entre cenizas —escribiría más adelante Theodore Tilton—. Antes de que Victoria se recuperase por completo, cuando aún tenía un aspecto demacrado y triste, él la paró por la calle y le dijo: “Mi querida muchacha, desearía que me acompañara al picnic”, refiriéndose a la excursión planeada para el cuatro de julio que se aproximaba».

Victoria aceptó la invitación, no sin antes comprarse unos zapatos nuevos para la ocasión, algo que se pudo permitir vendiendo manzanas. Cinco meses más tarde, Canning Woodhull se casó con su joven paciente. Victoria Claflin se convirtió en Victoria Woodhull el 20 de noviembre de 1853, tan solo dos meses después de su decimoquinto cumpleaños. Es posible que, al casarse con su médico, Victoria se viese a sí misma como una de las heroínas que embellecían la ficción popular, una damisela a la que un atractivo desconocido rescataba de la pobreza y la enfermedad. No obstante, pronto se desengañó de su fantasía.

En 1853, estar casada significaba ser legalmente cautiva a manos del hombre cuyo apellido se había adoptado, a veces para mejor, aunque muchas otras veces para peor. Su persona, su riqueza y sus hijos eran propiedad del marido. Él tenía derecho a recuperarla si ella lo abandonaba, y en la mayoría de los estados podía pegarle «siempre y cuando utilizara un instrumento “razonable”». Si él prosperaba, ella podía compartir su riqueza, pero si decidía gastarse el dinero familiar en bebida y apuestas, la mujer tenía el deber legal como esposa de acompañarlo obedientemente hasta la ruina. La ley declaraba que marido y mujer eran uno, y ese «uno» era el marido.

Sin duda, el espíritu independiente de Victoria refuló ante la realidad de la vida de casada, aunque su decepción no solo afectó a las restricciones legales que le fueron impuestas como esposa. La joven pronto descubrió que su marido no era hijo de ningún juez, que nunca había conocido al alcalde de Nueva York y que no tenía ni idea de si eran siquiera parientes. También se enteró de que no poseía ningún consultorio médico y, por lo tanto, carecía de ingresos fijos. De lo que sí daba muestras era de toda una serie de malas costumbres. Tilton escribió: «Una vez obtenido su tesoro, su captor dejó de valorarlo. Tres

días después de que Victoria se mudase a su casa, él se pasó toda la noche en un burdel, rompiéndole así el corazón a su joven esposa. Fue entonces cuando Victoria se dio cuenta de que era algo que aquel hombre hacía con asiduidad, además de darse a la bebida. Se sintió muy dolida, y la conmoción despertó su condición de mujer. Creció diez años en un día».

El matrimonio le arrebató a Victoria su infancia y amenazó con robarle el futuro. La inexperta joven, cuyas fantasías trataban sobre espíritus, estaba atada legalmente a un borracho y a toda la desgracia que conllevaba aquella vida: «Creí que casarse me transportaría a un paraíso, no solo de felicidad, sino de pureza y perfección —afirmó Victoria más adelante—. Creí que el matrimonio era la única cosa buena que existía en el mundo y que un marido sería un ángel, imposible de corromper o contaminar. Imaginé que la ceremonia sagrada equivaldría a la santificación perfecta y que el mayor de los pecados era que el marido o la mujer fuesen falsos en esa relación. Pero, ay, qué equivocada estaba. El duro golpe con la realidad hizo que se esfumasen rápidamente mis esperanzas y sueños, y así contemplé los horrores, la corrupción, los males y la hipocresía de la sociedad, y mientras me mantenía entre ellos, un gemido de agonía escapó de mi alma, resonando con todos aquellos con los que tuve contacto. Pronto aprendí que lo que había creído sobre el matrimonio y la sociedad, era lo más parecido a una farsa, un disfraz creado por sus devotos miembros para ocultar la realidad y atraer a los inocentes a la trampa. Me di cuenta de que todo apestaba a putrefacción. Por todas partes me vi rodeada de hombres y mujeres que se apiadaban de mí por mi ingenuidad y que andaban faltos de aquello que el mundo denominaba virtud. Me mantuve como una personita frágil junto a mi esposo y con aterrorizada seriedad le pregunté qué significaba todo

aquello. Pero solo recibí una respuesta: “Aprenderás lo suficiente a medida que crezcas sin mi ayuda”».

Un año después, la situación no hizo sino empeorar. Victoria dio a luz a Byron en diciembre de 1854, y aunque físicamente era un niño precioso, pronto advirtió que padecía algún tipo de retraso. «Cuando reparé en que había dado a luz a un niño disminuido se me rompió el corazón—confesó Victoria—le expliqué la razón al señor Woodhull y comencé a investigar en diferentes lugares y con diferentes madres lo que implicaba aquello. Mi corazón estaba volcado en el amor a mi hijo y no podía soportar la idea de que fuera un deficiente mental. Mi marido me llevó a diversos... lugares y me mostró como las fases de la vida hacían posible que las madres aceptasen a un débiles mentales».

Victoria llegó a la conclusión de que lo de su hijo era consecuencia del alcoholismo de su padre. «Este hecho me hizo sentir que debía pedir desde cada tribuna sobre la faz de la tierra que las mujeres despertaran a la responsabilidad que conlleva ser madres y que, bajo ninguna circunstancia, tuvieran un niño que pudiera ser un deficiente o un criminal». En otro momento, declararía: «Aquel día comprendí que debía librar una guerra contra la hirviente masa de hipocresía y corrupción oculta bajo el nombre de sistema social».

Sin embargo, aún tendrían que pasar unos años hasta que Victoria organizara una plataforma para defender los derechos de la mujer: su problema más inmediato era su propia supervivencia. Había seguido a Cuning Woodhull hasta Chicago, pero sus continuas juergas les había dejado sin un céntimo. En un temprano alarde de la fuerza y valentía que más tarde le valdrían un lugar en la historia, la esposa y madre de dieciséis años se rebeló contra las convenciones sociales, tomó el control de la familia y, aprovechándose de las tarifas de los vapores impulsados



¿Quieres leer más?

Cómpralo en nuestra web o descárgatelo en todas
las plataformas digitales

[SI QUIERO](#)